

La Bondad de González Vera

Por HERNAN DEL SOLAR

Para definir acertadamente a un hombre se busca la cualidad que con mayor hondura le caracteriza y de ella se parte con relativa confianza. Cuando siguien evoca a José Santos González Vera, lo primero que advierte es su bondad. Esa virtud mínima y profunda que nunca lo abandonó a lo largo de sus años. González Vera fue bueno, desconoció el odio, amó la vida, quiso que todos los hombres la amarán limpia y gozosamente. Por eso escribió. Pero miraba en torno suyo, a menudo veía que los hombres se afanaban en sus rencores y los extendían, cada vez más fuertes y diversos, por un mundo en que existían la alegría, la solidaridad, el sentido de que la aventura de ser hombre no se vive solitariamente, necesitada de compañía y amor.

Iba González Vera al encuentro de la mala desventura y se detenía a socorrer a los otros. ¿Cómo? Con la riqueza de hermosas palabras, de una serena cordial, de una mano firmemente amiga. Recordamos que su mejor biógrafo, Enrique Espinosa, dijo en cierta ocasión: "Como los profetas menores de la Biblia, usa de continuo el lenguaje de la bendición y no lo abandona cuando alguien le merece íntimo anatema". Es cierto. Pero entre sus palabras que bendecían, solía brincar —oportuna— la de una ironía exacta. Porque distinguía inequívocamente a los hombres. Por sus actos y con palabras los reconocía. Y nunca la palabra de bendición salió equivocada de sus labios. Nunca la dijo al dirigirse al desleal, a un perdonavidas, a un forjador de engaños.

Hay que sostenerlo claramente: la bondad de González Vera —mostrada en su vida y en su obra— nunca perdió el rumbo. Fue siempre hacia quienes la merecían o la necesitaban. Y la merecieron y necesitaron sus amigos, los personajes auténticamente solitarios de sus obras. Para unos y otros supo darles, pero no anduvo entre otra gente. El propósito del escritor no fue el de la gentilidad. Lo buscó con ser un hombre. Y lo fue cabalmente a través de las duras pruebas que sufrió en su encuentro. Lo fue en cada uno de sus libros. Su bondad surgía de un extenuante conocimiento de penas y de cosas. Lo ayudó en el convencimiento de que la más imperiosa y difícil tarea del hombre consiste, precisamente, en serlo. No le es quien lleva a flor de piel o de alma una sorda bestia o un astuto animalillo que va de guila.

Si me detengo —insistente— ante la bondad de González Vera es porque creo que en no escasas ocasiones la han desvirtuado. Se suele creer que caminó frívolamente por la vida. Se considera, entonces, que no buscó sino el bienestar de las buenas conversaciones, la anécdota grifófica de ir, entre amigos, al hallazgo de paz y de risa. Y esta desconsideración de la amargura hu-

mana, que se le supone, ha movido a algunos a repetir que, como escritor, fue superficial. Aquí no cabe sino asegurar que es imprescindible aprender a leer. Aprender a leer de simpatía y desprejuicio.

Lo que ocurre es que a González Vera no se le agrupa junto a los escritores "comprometidos". Ya todos sabemos lo que es esto. Y González Vera no hizo otro compromiso que con la verdad. Sus personajes viven como son: hombres y mujeres infortunados que no trepan por su infortunio para, desde lo alto, predicar. También ellos, como su autor, sólo quieren ser reales, sencillos. Sienten que el hombre es un ser esencialmente solo. Y González Vera tuvo piedad de ellos. Acompañó a sus personajes por las calles angostas de la pobreza y de la angustia. Y mostrándoles en sus libros tal como los vio y supo amarlos, los respetó en el bien y en el mal, sin otorgarles una máscara. Les vio vivir dolorosamente solos, roídos por las necesidades, y el quehacer de cada día —qué no sólo ser otro que el ganarse el pan, que el tener una cama, que el sobrevivir— y proyectó ante nosotros esas vidas humildes con un realismo punzante, con una comprensión agudísima, con una ironía que nunca fue sermón ni desprecio sino representación duplicada del ingenio con que ensaborecen su desempeño hombres y mujeres de nuestro pueblo.

Su bondad —volvamos a ella— es fino entendimiento, recta vitalidad de espíritu, dadasa compañía. Para conocerla hay que ir a ella y comprenderla. Entonces se verá quién fue este Premio Nacional de Literatura, este maestro del lenguaje. Y una vez que se haya abarcado el ancho territorio de su bondad, es posible descubrir el signo grabado en su alma: la soledad, una generosa soledad que ocultó a los demás los propios sufrimientos y —ante la vida de los otros— se convirtió en afable acogida, en inteligencia del corazón, en una certeza que en sí lleva una cabal sabiduría.

De esta soledad no hablará la leyenda de González Vera. Se ocupará únicamente del ingenio del escritor, de su humorismo inimitable, de esa benevolencia que pasaba por encima de lo bueno y lo malo, que continuaba. Se ocupará de su limpieza humana, siempre dispuesta a entender a su semejante y no a juzgar sus actos con rigor condenatorio. Pero acaso no sea que ingenio, humorismo, bondad, comprensión se sustentaron en una esencial soledad, una severa soledad que le arrebató humores acerca de grandes sueños que con grandes palabras están agitando hombres que no son grandes. Sin engañarse a sí mismo, no engañó a los otros. Y solo, fuerte, silencioso, sencillo, creó su destino y así el destino posible que hará grandes a los hombres con las palabras cotidianas de una noble convivencia.

La bondad de González Vera [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La bondad de González Vera [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile